

A PIE
DE CALLECATALINA
Gayà

«Nos vemos en Colón»

El monumento a **Cristóbal Colón** es un nuevo punto de encuentro de los visitantes de la ciudad. Hace unas semanas, un británico me citó en la estatua del almirante. Me contó que lo conoció por una foto que dio la vuelta al mundo: la de **Cristóbal Colón** con un blusón con los colores del Barça. Cuando tuvo lugar esa campaña publicitaria era mayo y, seis meses después, casi lo primero que hizo el joven cuando llegó a Barcelona fue visitar la estatua.

En tres días en Barcelona, el hombre se había reunido con varias personas en esta rotonda monumental, y no había sido él quien había concertado el lugar de la cita. «¡Nos vemos en Colón!», dijo. Cuando lo vi en la escalinata de Colón, junto a un león, era domingo y era la hora en que la gente pasea por la plaza del Portal de la Pau buscando el mar.

El olor de dulces era casi pegadizo y las gaviotas eran de un atrevimiento casi humano. Ese domingo, había muchos extranjeros sentados en las escalinatas del monumento. Había quien se tomaba fotos junto a los leones y había quien se había sentado a horcajadas sobre los felinos.

Los cruceristas pasan cerca de Co-

lón varias veces al día y es aquí, decía una muchacha en viaje de bodas, donde se citan con la gente que conocen en el cruceiro.

Unos jóvenes en viaje de fin de semana –Barcelona ya es ciudad 48 horas– habían quedado «en Colón» como punto de reencuentro para empezar la noche. Me dijeron que supieron de Colón hace meses, también por la foto azulgrana.

Antes de que se averiara el ascensor del mirador, en mayo del 2012,

Cuando Colón se puso los colores del Barça, se convirtió en un punto de encuentro

170.000 personas lo visitaban cada año. Reabierto en junio de este año, el efecto blusón azulgrana puede romper esas estadísticas.

Con opiniones enfrentadas, como no podía ser de otra manera, inauguraron el monumento un primero de junio de 1888, y aún con el andamiaje. Quizá sea por la altura, o porque al fin y al cabo es parte de una rotonda, que la riqueza de sus

esculturas, grabados e historias pasan sin mucho bombo y platillo por una ciudad en la que cada piedra tiene una historia.

La persona con la que quedé me preguntó por la historia de esa columna y yo no pude más que decir: «Lo buscaré». Lo cierto es que en esa columna de 51,3 metros de altura, y coronada por una estatua del almirante de 7,7 metros, está representado el viaje de **Colón**. Desde abajo, casi no se ven ni el medio globo terráqueo sobre el que él se sostiene ni su escudo ni la corona de príncipe.

Solo se vislumbra la ornamentación de la columna corintia y unas hojas que tienen la forma de planta de marihuana. Bajo las famas aladas y los grifos con el escudo de la ciudad están las carabelas y luego viene un universo de medallones con las efigies de perfiles de personajes de la época y esculturas que representan las escenas de la vida de **Colón**.

Lo escrito es una simplificación porque todo el conjunto escultórico tiene la capacidad de resumir una enciclopedia de historia.

Regreso a Colón para buscar la escena de la llegada del genovés a Barcelona. Es solo una de ocho. Pienso que quedar a los pies de Colón es aprender historia. Es miércoles y, de nuevo, hay extranjeros esperando o apoyados en los leones. Un francés me dice que este es un punto de encuentro «para los barceloneses» y se extraña de que yo no lo sepa. Y es verdad: no lo sabía. ≡

cgaya@elperiodico.com